

ceptual hasta el análisis formal. Si algunas veces destruye a simple vista la narración, es nada más para testimoniar, con la sorpresa o el descontento, una crítica a lo puramente formalista o a lo acabadamente desinteresado.

Si rastrea en lo interior de los personajes trata de contraponer las situaciones espirituales de éstos, tomados individualmente, con el juego visto desde la unidad actuante de todos. Esta estructura le sirve a Monterroso como recurso para arrojar la careta, arrebatar la máscara del egoísmo individual o de la crueldad colectiva, produciendo sensaciones en donde el disconformismo se vuelve agrio, pero no por ello menos verdadero.

Si crea situaciones de rasgos fantásticos no le interesan en dimensión exclusiva (su contacto con la fantasía es gratuito y marginal). Si las aprovecha, intervienen como índices inmovibles en la armazón, antes que como efecto del desarrollo o resumen en la conclusión. Su método temático nace de un hecho real, o posible

de objetivarse, para volver después del desenvolvimiento al mismo punto de partida. Jamás la imaginación es absoluta, sino que se sirve de ella tan sólo para hallar la armonía de objetos o sensaciones discordantes.

La técnica misma de los relatos, elaborados o sostenidos por frases chispeantes, reflexiones interpoladas del autor, algunas excesivamente descriptivas, no permite el juego de la huida, de la evasión en el lector. Son llamados continuos a la realidad, inclusive como si el autor sintiera el peso por utilizar ciertas notas fantásticas. Esas mismas interpolaciones de carácter reflexivo unidas a la simbología total de los cuentos sin caricaturas de ambientes o de personajes (no hay deformación) revela la personal maestría humorística de Monterroso.

Su humorismo, despiadado, pero no cínico, tierno pero no esponjoso, encuentra en el hecho literario la inserción justa para que además de ser humano se solidifique en creación estética.

EN CASTELLANO

(Apuntes sobre Blas de Otero) ¹

Por Ramón XIRAU

EN EL CURSO de los últimos cinco o seis años hemos empezado a percibir que en España tiene lugar lo que muy bien puede ser un verdadero renacimiento artístico y literario. Desde los tiempos del cubismo y del surrealismo, no había existido en España una escuela de pintura como la que simbolizan, entre muchos otros, Tapies, Cuixart o Feito; los novelistas, entre los cuales destacan Juan Goytisolo, Sánchez Ferlosio y Mauricio Aldecoa, forman una escuela coherente que ya va mucho más allá de las promesas. Los poetas no se han quedado atrás. Sin embargo, varios son los motivos que hacen difícil un juicio crítico justo por lo que se refiere a la poesía. En primer lugar hay en España varias generaciones mezcladas de poetas: tan actual es Alexandre como pueden serlo Celaya, Hierro, Otero, De Nora, Bousoño o, entre los más jóvenes, José Ángel Valente o Claudio Rodríguez. En segundo lugar el gran número de poetas españoles impide a veces distinguir y aquilatar los valores. Por último, hay que señalar cierta distancia espiritual que existe entre nosotros y ellos, ellos que han vivido y se han formado en un ambiente que no podía dejar de marcar, como un sello de dolor, su vida y su obra. Me limito, así, en esta breve nota, a la poesía de Blas de Otero y, dentro de ésta, al último de sus libros sin por ello dejar de referirme a obras anteriores. No podía ser de otro modo dado el hecho, acaso significativo también, de mi más que parcial ignorancia de la poesía española en su conjunto actual.

¹ Blas de Otero nació en Bilbao en 1916. Ha publicado seis libros de poemas: *Cántico espiritual* (1942), *Ángel fieramente humano* (1950), *Redoble de conciencia* (1951), *Pido la paz y la palabra* (1955), *Ansia* (1958), *En castellano* (1959-1960). Este último prohibido en España apareció en París a fines de 1959 en edición bilingüe: *Parler clair*, y en México (Universidad Nacional Autónoma), en 1960. Como me ha sido imposible consultar algunos de estos libros he recurrido a las dos mejores antologías: *Antología consultada* y *Antología*

Cuando leemos un poeta por primera vez lo primero que aparece es cierta forma del habla, cierto carácter irreductible en el decir, cierta personalidad más o menos aguzada. Si llamamos estilo a esta primera apariencia, sólo confirmada por el análisis prolongado, cabe preguntarse cuál es el estilo de un poeta. ¿Cuál es, en concreto, el estilo de Blas de Otero? En *Poesía arraigada y desarraigada* (cf. *Poetas españoles contemporáneos*), Dámaso Alonso lo explicaba así: "Posee Otero una capacidad idiomática condensadora, estrujadora de materia, superior quizá a la de casi todos sus coetáneos, comparable, por lo que toca a su fuerza y nitidez... a las de un García Lorca y de algunos otros poetas de mi generación... a veces comparable al más angustiado y apretado Quevedo." Esta capacidad "condensadora" es hasta tal punto una característica de la poesía de Otero que una lectura demasiado rápida podría dejarnos la impresión de sequedad y aun de limitación y escasez. Pero no debemos fiar de apariencias. La poesía de Otero es rica, densa, estrujadora y estrujante. La obsesión por el significado de Dios, del hombre y de España se repite verso tras verso y se manifiesta tanto en la dureza de los vocablos como en la reiteración compulsiva de las palabras. En *En castellano* Blas de Otero recurre a una forma estilística que en un poeta menor podría haber sido artificial: la cita, dentro del cuerpo de los poemas, de versos de otros poetas comentados, cambiados, hechos parte integral del nuevo poema siempre en busca desesperada o esperanzada de lo español. En algunos casos la referencia es al cancionero tradicional o moderno: "entre la luz de un cuchillo / brillante, ¡ay de mi España!"; "Anda / jaleo, jaleo. No dejan ver lo que escribo / porque escribo lo que veo" (¿Referencia también aquí a cantos de la guerra?). Se repite el recuerdo de Rubén Darío:

*Aquí, junto al río Ebro
digo la verdad,
siento en piedra y aire mi
castellanidad.*

Dos veces reaparece el tema ("Ahora diré la verdad") en *No espantes al ruiseñor* donde Otero evoca, símbolo del pueblo, a la compañera de Darío: "Francisca Sánchez, acompáñame". La presencia de Machado —común en muchos de los poetas españoles de hoy— constituye el leitmotiv de *Tañer*:

*La campana de la Audiencia
de Soria.*

*Filo de la madrugada...
... oyendo*

*tañer
España.*

Quevedo domina *Censoria* y Jorge Manrique conduce al poeta hacia la libertad.

*Recuerde el alma dormida
el río que con paso casi humano
enfurecido de airearse en vano
desembocó en la vida.*

Góngora, inspirador de tantos poetas de los años de veinte, es aquí el enemigo que cede su lugar a Don Quijote:

*poderoso caballero
es Don Quijote.*

Referencias todas ellas importantes, "collages" perfectamente adecuados a la idea y al verso del poeta. Sin embargo, el significado hondo de la poesía de Otero hay que buscarlo en la idea —mejor, el sentimiento— que el poeta tiene de Dios, el hombre y la libertad.

Desde sus primeros versos, la desolación dominaba la poesía de Otero, aquella "voz de lo negro" que aparecía en *Ángel fieramente humano*:

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte
al borde del abismo estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.*

El poeta —el hombre todo de España y acaso todos los hombres de la tierra tantas veces desterrados de ella—, sólo parecía escuchar la voz de la esclavitud y de la caída. Así en *Redoble de conciencia*:

*Humanamente hablando, es un suplicio
ser hombre y soportarlo hasta las heces,
saber que somos luz, y sufrir frío,
humanamente esclavos de la muerte.*

.....
Qué hacer, hombre de Dios, sino caerte.

Pero el hombre (ángel-cadena) está condicionada, en Otero, por la idea, presencia-ausencia, de Dios. Dámaso Alonso decía, en el artículo antes citado, que la actitud de Otero se acercaba a la de los místicos. En realidad la actitud de Otero más se parece a la de Quevedo, más todavía a la del creyente incrédulo Unamuno que a la de San Juan de la Cruz. Existe, sin duda, "hambre de Dios", como existió en Unamuno ("hambriento, sí, ¿de quién?, de Dios sería"). Podemos encontrar incluso aproximaciones tangibles, casi materiales, a la divinidad:

*Cada beso que doy como un zarpazo
en el vacío, es carne olfateada
de Dios...*

Pero Dios, a veces aceptado, a veces negado, deseado y dudoso existente y, al principio de *En castellano*, muerto, sólo adquiere sentido si puede llegar a dar sentido a la "inmensa mayoría", que Ote-

ro empezó a cantar en sus poemas desde 1951. La fe de Otero es una fe humana y su poesía conduce de una mística subjetiva que el poeta considera falsa a una creencia humana y social, muy clara en el libro que aquí comento:

*Antes miraba hacia dentro
Ahora, de frente, hacia fuera,
Antes sombras y silencio.
Ahora, sol sobre la senda.*

La protesta social de Otero era manifiesta desde la segunda parte de *Redoble de conciencia*:

*otras palabras nos estorban,
tales como "armisticio", "teatro",
"suspensión de hostilidades",
"todo era una broma", y otras.*

Frente a una sociedad caída, decaída y decadente Otero se dirige a todos los hombres. Cuando en 1952 escribió las palabras iniciales de *Y así quisiera mi obra* (introducción a sus poemas de la *Antología consultada*), decía: "Bien sabemos lo difícil que es hacerse oír de la mayoría. También aquí son muchos los llamados y pocos los escogidos. Pero comenzad por llamarlos, que seguramente la causa de tal desatención está más en la voz que en el oído." En castellano prescinde de la mística, si bien no siempre de Dios ("se escucha el mar, la mar de Dios, inmensa") y se dirige a la práctica, a la vida de este ángel que puede llegar a ser el hombre, posible creador de "abelles".

No sin ironía niega Otero ser existencialista y se declara "coexistencialista". Su coexistencia puede traducirse en estas palabras: "Salgo del alma y entro al mar." En su constante y obsesiva referencia a España —a veces española— lugar de sus coexistencias más entrañadas hay nostalgia y hay dolor. Con Larra hecho presencia recuerda Otero la guerra de España:

*Dos espumas frente a frente.
Una verde y otra negra.
Lo que la verde pujaba,
lo remejía la negra.
La verde reverdecía.
Rompe, furiosa, la negra.
Dos Españas frente a frente.*

*Al tiempo de guerrear,
al tiempo de guerrear
se perdió la verdadera.*

Aquí yace
media España
Murió de la otra media.

Pero dolor, odio, nostalgia, no son la única España de Otero. Ya en *Redoble de conciencia* citaba el poeta palabras muy claras de A. F. G. Bell: "Bajo todas las invocaciones a la muerte... se pone el acento sobre el valor y precio de la vida." En los versos de *En castellano* Otero desea y prevé el renacimiento de España:

*España...
...has habitable tu ámbito.*

En un poema especialmente significativo, escrito dieciséis años después de la guerra española el poeta concibe sólo el dolor del silencio cuando el hombre se ha convertido en cadena:

*Se ha parado el aire
El seco
Ebro. El pulso.
El Dauro.
Oremus. El aire lleva
dieciséis años parado.*

Pero el mismo aire es, de vez en cuando, símbolo de la libertad cuando pone en movimiento, misterioso y cierto, los ramajes:

*(Sin embargo
se mueve algo
de aire, mira aquel álamo...)*

Y el aire prometedor de nuevos nacimientos vive sobre todo en aquel árbol de CA NI GUER (léase Guernica) nuevamente sacramentado por la sangre de los muertos:

*oh nunca
oh quiero quiero que no se traspapelen
el cuello bajo la piedra
la leche en pleno rostro el dedo
de este niño
oh nunca ved aquí
la luz equilibrando el árbol de la vida.*

Dramático, acervo, irónico, con la ironía sarcástica de Quevedo, algunas veces alegre, siempre que haya sol, mar, álamos, libertad, Otero es un poeta que une, a fondo, variedad y condensación. De sus libros conviene decir lo que debe decirse de muy pocos: su lectura obliga.

NUEVOS POETAS. *Revista mexicana de literatura*, diciembre 1959-enero 1960, 64 pp.

TOMÁS SEGOVIA y Juan García Ponce recogen en las páginas de este número doble especial, obras de doce poetas jóvenes. Entre los poetas incluidos el de más edad es Juan Bañuelos (Chiapas, 1932) y el más joven Homero Aridjis (Contepec, Michoacán, 1940). Los diez restantes oscilan entre los veintinueve años y los veinticinco. Se trata de una antología de los más jóvenes poetas de México, que no deja de tener interés dado el número y la variedad —muchas veces en etapa de formación— de los estilos. Se ha dicho, en efecto, que los últimos años han sido años de renacimiento del cuento y de la novela. Sin poner el hecho en duda parece ahora igualmente indudable que la poesía promete también un renacer que es, especialmente, en México, un continuar una tradición ya bien establecida.

Sería injusto, a base de unos cuantos poemas, criticar a estos nuevos escritores. Es natural que aparezcan entre ellos diversos ecos entre los cuales parecen tener cierto predominio Neruda, Vallejo, acaso López Velarde, tal vez Rosario Castellanos. No busquemos, sin embargo, las influencias, tarea que requeriría un más amplio conocimiento de los autores incluidos. Aventuro una posible división en grupos principales. Cinco de los poetas aquí presentes (Eraclio Zepeda, Jaime Augusto Shelley, Oscar Oliva, Jaime Labastida y Juan Bañuelos) aparecerán a mediados de este año en un libro a ellos dedicado por el Fondo de Cultura Económica: *La espiga amotinada*. Todos estos poetas — a los cuales cabría añadir el nombre de Marcos Aguayo— tienen principalmente preocupaciones de orden social. Muchos de ellos parecen inclinarse a un exceso verbal —acaso exceso retórico— sin que falte en buena cantidad de ocasiones una verdadera veta lírica, acaso especialmente discernible en Shelley y Bañuelos. La generación de la "espiga", llamémosla de una vez así, tiene sin duda vigor aunque algunas veces peque por un exceso que sin ser virtud no es defecto en

poetas tan jóvenes. Habrá que esperar el anunciado volumen del Fondo para poder juzgarlos más detenidamente.

Más independientes de cualquier grupo, más inclinados a una poesía puramente lírica, los seis restantes. José Emilio Pacheco, que ya conocíamos por sus ensayos críticos y su libro de cuentos *La sangre de Medusa* (El Unicornio), es acaso el más clásico de los presentes. Me parece especialmente interesante (¡salvo el último verso!) su *soneto*. José Antonio Montero parece inclinado a un neo-romanticismo en proceso de definición. Francisco Cervantes tiene, sin duda, preocupaciones sociales si bien estas preocupaciones parecen más de orden subjetivo —protesta interior—, que de orden rectorista. Chema Lugo, nacido en Granada, Nicaragua, da una especial luminosidad a sus breves visiones, entre las cuales habría que destacar *Noticia*, *Recuerdo del mar niño*, *Nocturno*, *Deseo*. Homero Aridjis, aun muy joven, es sin duda prometedor. Es verdad que en sus versos hay aun asperezas y que la lima no limpia y adereza siempre la madera. Pero si quiero precisar sus prometedoras aptitudes creo que pueden sugerirse en estos términos: novedad imaginativa —en *Cirabel*, en *Sexto poema de ausencia*— y conocimiento del valor del prosaísmo dentro de la poesía que aún no está totalmente lograda.

Debo confesar que de los doce poetas de esta antología la que mejor conocía es Isabel Frayre. No creo que este conocimiento de su obra sea lo que me incline a ver en ella al poeta más hecho y maduro de todo el grupo. Su poema —es en realidad un sólo y único cántico a la luz y al amor— tiene cualidades indudables: precisión, disciplina, vida interior profunda y sencillamente dicha, sencillez nada fácil. Los poemas de Isabel Frayre logran a veces la calidad de un *hai-ku*:

*amanecer
de pronto
la luz se hace silencio*

O aquel breve y preciso juego de espejos interiores:

*Tú y yo
somos uno
yo y yo
somos dos*

*el reloj que
da la hora
nunca sabe
qué horas son*

*pero tú
pero yo
le decimos
al reloj
es la
una
de los
dos*

La *Revista mexicana de literatura* nos rinde un servicio único. El primer contacto con los poetas nuevos —verdaderamente, vale la palabra, novísimos— es naturalmente parcial y limitado. Cualquier juicio generalizador sería falso de necesidad. Lo que de veras vale es ver que la voz de la poesía mexicana vibra con un acento que es, indiscutiblemente, nuevo. No creo equivocarme al pensar que de esta lista de poetas han de salir los nombres de valía de un muy próximo mañana.

R. X.